

el discurso que se le atribuye, si es verdad lo que es-
ponen Huylembroneq y el otro apologista que citan
los anales de Francia.

Cualquiera podrá juzgar del mérito de esta pin-
tura, si se dedica á examinar la obra en sí misma.
Este es el convencimiento mas poderoso y la apo-
logía mas eficaz. Andrade dice (49): "que el origi-
nal del P. Mariana estaba tan modesto y ajustado,
"como fué siempre en todas sus cosas;" y que de esto
se hizo evidencia en el tribunal de la santa inquisi-
cion. Palavicino afirma (50): "que el autor de este
"opúsculo no ejerció la personalidad de contrario,
"sino de consejero; y que su fin no era el vituperio de
"la Compañía, sino su enmienda." Un hombre tan
versado en la historia eclesiástica y en las obras de
los padres, tan amante de la verdad y de su orden,
tenia estímulos y ejemplos para declamar contra la
relajacion de la disciplina, y suspirar por el remedio.

Cosme de Tejada (51) espresa, que la intencion
de Mariana no fué sacar al público las enfermeda-
des peligrosas que padecia todo el cuerpo de aque-
lla sociedad, sino hacerlas presentes á la congrega-
cion general, y á quien pudiese remediarlas. Lo
mismo se afirma en los escritos que corren con nom-
bre de Bernardino Giraldo (52), y Daniel Hospita-
lio [53], que en esto concuerdan con el dictámen de
Palavicino, y lo que es mas decisivo, con el mismo
Mariana.

(49) Véase la nota 6.

(50) Véase la nota 6.

(51) Tejada en la *Historia MS. de Talavera*, que está en la bi-
blioteca real de Madrid.

(52) Bernardin. Gírald. in *Apol. pro senat. Venet. contra Jesuit.*

(53) Dan. Hospit. in *consultat. ad Reges, et Princip. Cath. de
causis, et modis conservandae, et amplificandae Societ. Jesu.*

El autor de este discurso quiere una cosa justa; y
es, que el que lo lea (54) "se deje juzgar de las in-
"tenciones, que es reservado solo á Dios: que mire
"las cosas por sí mismas, para hacer juicio acerta-
"do: que piense, que el que lo escribe no querrá al-
"cabo de su vida, mancillarla con hacer cosa que no
"deba y por donde Dios sea ofendido, y que cause
"perjuicio á su misma religion.

"Que no pretende en este papel (55) *revelare ocul-*
ta dedecoris, pues está claro que las faltas de su ma-
"dre forzosamente le han de causar vergüenza y pe-
"na; pero seria el daño doblado si por escusarlas, no
"se descubriesen al médico las llagas para que se
"ponga el remedio antes que se encanceren y se ha-
"gan del todo incurables::: (56) que en este papel
"se ponen las faltas del gobierno, "con deseo de que
"se enmienden::: y que si bien como hombre se pue-
"de engañar, la intencion es buena y el amor mayor
"de lo que se podrá nadie persuadir." Con una in-
tencion tan recta, y una circunspeccion tan cristia-
na, no puede conciliarse aquel tropel de calumnias;
ni en un ánimo tan tranquilo y despejado puede con-
cebirse tan furiosa tempestad de execraciones.

PARTE SEGUNDA.

Mariana fué un autor respetable.

NO faltará quien califique de inútil el trabajo de
unir las observaciones que se han hecho sobre este

(54) En el argumento del tratado.

(55) En el cap. I.

(56) En la conclusi6n del tratado.

escrito para averiguar su autor y de recopilar los testimonios de los Jesuitas, que han confesado de buena fé, que fué Mariana autorizando el cómo ha pensado en este punto la parte mas sana de la Compañía, los coetáneos, los hombres mas hábiles y mas instruidos en la historia literaria de esta república famosa. Verdad es, que aunque cada una de las especies propuestas no haga por sí sola una impresion tan viva, que convenza á todos, unidas todas, forman un cuerpo de pruebas indisoluble, que constituyen una demostracion histórica.

¿Pero cuál es el fruto de tantas combinaciones y testos? ¿Qué triunfo se consigue en haber combatido algunos apologistas poco instruidos y muy apasionados, enervando sus fuerzas y destruyendo sus ataques? Que Mariana fué autor de este discurso. ¿Y quién fué Mariana? ¿Qué mérito adquiere la obra con su autoridad? ¿Qué fuerza puede hacer su deposicion para desquiciar las columnas, y dar en tierra con todo el edificio? ¿Qué *Archimedes* es este, capaz de conmovér el mundo y de oponerse solo á todo el poder de los romanos?

Este es un problema, de cuya decision depende en gran parte la estimacion de esta obra, y los que habian de persuadir á todos el carácter de este célebre Jesuita español, son los que mas necesitan el convencimiento. Esta es la Provincia que hay que conquistar: unos pocos rebeldes que roto los vínculos de la ley y del amor fraternal, han conspirado contra un ciudadano respetable, queriendo establecer en su república la ley de ostracismo. Un hijo ilustre debe ser el honor y las delicias de una madre perspicaz, y de unos hermanos, á quienes no cie-

gue la envidia y el interes para sepultarlo en una sima, quitarle la honra, y reducirlo á un estado el mas infeliz.

No es mi ánimo formar el elogio histórico de Mariana. Produciré solamente, para dar una idea de su ciencia y virtud, algunos testimonios de Jesuitas, y no repetiré lo que dijeron Tamayo, Baronio, Padilla, D. Nicolás Antonio y otros escritores.

Rivadeneira dice (57), que Mariana tenia “un ingenio grandísimo, un juicio muy severo, una memoria singular, y que con el estudio de muchos años, cultivó todo género de literatura con diligencia suma.” Alegambe repite este elogio, y añade (58), que el tribunal de la inquisicion se valió de él en muchos asuntos graves, y que toleró sus adversidades con tal tranquilidad, que calificó con el “testimonio de todas las virtudes, que era superior á las desgracias; enseñando los tiempos posteriores que “habia sido amante de la verdad y de la rectitud.”

Ya se ha visto cómo celebra Andrade la modestia de Mariana, y lo ajustado que fué en todas sus cosas (59). Aquel cronista de este varon ilustre refiere: “que luego que se dió cuenta á S. Ignacio de las grandes prendas del nuevo soldado que Dios “habia traído á su Compañía, fué grande su complacencia, y dió gracias á nuestro Señor, alcanzándole con su bendicion desde Roma la gracia del “Altísimo para trabajar en la viña de la iglesia tantos años con tanto fruto y honra de su orden (60).”

(57) Véase la nota 6.—(58) Véase la nota 6.—(59) Véase la nota 6.—(60) Véase la nota 6.

Palavicino espresa (61): que Mariana era erudito más que medianamente; "que no ignoraba las cosas de los Jesuitas, como que perseveró en la Compañía desde la puericia, hasta que le alcanzó la muerte en una senectud extrema, y que sus costumbres no disminuyeron su autoridad, porque vivió incontinentemente." Procediendo después aquel cardenal con alguna inconsecuencia, quiere oscurecer el crédito de este discurso, procurando persuadir que á Mariana le faltaba instrucción en las cosas del gobierno, y que se manifestaba tocado de la queja, que es comun entre los viejos. Pero reflexionando, que podia hallarse alguna antilogía en sus espresiones, y que parecería oponerse ó separarse de la idea justa que habia dado de la virtud de aquel anciano venerable, ratifica que habia sido observatísimo de la vida religiosa, para que no se diese alguna interpretación ofensiva á sus cláusulas.

Julio Cordára confiesa (62): "que Mariana resplandeció entre los pocos por la grandeza de su ingenio y la abundancia de su literatura, como testifican sus escritos, y que estuvo adornado de virtudes para la religion," sin poder ponerse otra escepcion á su alabanza, que no haber sentido, como correspondia de su instituto y leyes, y haberse atrevido á escribir lo mismo que juzgaba, y no le halló otro lugar para colocarle en la série de los hombres más insignes de la provincia de Toledo. No sé con qué telescopio descubrió esta mancha aquel romano erudito, y todos saben que son frecuentes los engaños que padece la vista en el escámen de los astros, y

(61) Véase la nota 6.—(62) Véase la nota 6.

que suele reputarse por mácula un piélagos en que se recoge más porción de rayos luminosos.

Burriel fué de dictámen (63): que la provincia de Toledo tuvo pocos hombres mayores que Mariana, y que fué mal pagado de los estrangeros, á quienes enseñó en Francia, Italia y Sicilia. Huylebroucq tuvo (64) á Mariana en la república de las letras por individuo del estado noble, adornado de virtud y piedad.

De este modo escribieron los que conocieron á Mariana, como Rivadeneira y Andrade; los coetáneos, como Alegambe y Palavicino; y los opuestos á esta obra, empeñados en su espugnacion, como este cardenal, Huylebroucq, Cordára, y Burriel. Tal es la estatua que han levantado á este héroe sus mismos enemigos.

Pero hay criaturas que tienen tanta debilidad en los nervios ópticos, que cierran los ojos á la luz. El autor de la apología que se imprimió en Soleure (65), dice que Mariana fué célebre por el delirio de su imaginacion. Huylebroucq alega (66), que era un hombre inepto para tratar estas materias; que este era el concepto en que estaba en su Provincia; y que por lo mismo en el año 1593 solo tuvo un voto ó dos cuando se pensó en enviarlo á la congregacion general. Palavicino reincidiendo en su inconsecuencia, y dejándose llevar alternativamente de la verdad y de la pasion, le atribuye un genio inquieto y

(63) Véase la nota 6.

(64) Huylebroucq in Vinc. p. 1. cap. 5. Joannes Mariana..... Scriptor non ignobilis, et eruditus, ideoque á multis laudatus.

(65) Segun la *Disertacion Analítica* citada en la nota 47.

(66) Huyleb. in Vindic. p. 1. cap. 5.

sedicioso (67). Cordára censura su libertad en sus opiniones (68). Todos manifiestan cuanto les incomoda un testimonio tan decisivo, y dirigen sus conatos á deprimir su autoridad. Para defender esta conducta era un buen abogado *Dicastillo*, y podían servir de testo las theses de *Dijón*.

Los capítulos de que se han valido y pueden valerse los que pretenden destruir ó debilitar la fé que merece este escrito, por razon de su autor se pueden reducir á tres: el primero es el que procuró promover Palavicino, y siguió Huylebroucq. No niegan el ingenio, la ciencia y la virtud de Mariana; pero no lo reputan por idóneo para escribir sobre unos asuntos de que no tenia práctica. Afirman, que jamas ascendió á la dignidad de magistrado en la Compañía ni fuera de ella; y que los empleados en el gobierno, no le eligieron muchas veces por consultor de su tribunal; de forma que le faltaba la experiencia, sin la cual es difícil que pueda afirmarse que la república conoce al ciudadano, y el ciudadano á la república; y para el manejo de las armas se echa menos el uso, aun en un valor como el de David.

No se niega que el conocimiento práctico es muy importante para el acierto; pero éste puede suplirse por un estudio tenaz, por una observancia continua, por un juicio reflexivo, por un entendimiento perspicaz, por una especulacion consumada sobre las máximas y sobre los sucesos: así se proporcionan los hombres sábios y prudentes para pasar del estudio al senado, y desde la cátedra á la toga.

(67 y 68) Véase la nota 6.

¿Quién podrá disputar á Mariana esta instruccion? ¿A un hombre de su talento extraordinario y de su estudio, que tanto se ocupó en leer, observar, y hacer sus reflexiones? ¿A un hombre que contaba ya cerca de cincuenta años de religioso cuando escribió? ¿Que habia consumido trece años en los países estrangeros, como espresó á Belarmino (69), logrando así imponerse en sus artes, gobierno y costumbres? ¿Que segun Alegambe (70), habitó cuatro años en la metrópoli de su orden, en la córte del general, donde reside el consejo de estado, el senado supremo de su imperio, y donde se celebran las cortes generales? Todas estas son unas proporciones escelentes para consumarse en la ciencia difícil del gobierno.

El mismo Palavicino afirma, que Mariana no ignoraba las cosas de su orden (71): lo propio creían los rectores que solicitaban su consejo, calificando así, que no es necesario haber sido preladados para hallarse instruidos y en estado de dirigir á los que lo son. Sea verdad que no se valiesen con frecuencia de este auxilio; pero no es difícil adivinar la causa. Unos rectores mozos aspiran á la independencia en el manejo; no tienen docilidad para creer su insuficiencia, ni para reconocerse inferiores al que miran como súbdito, y hacer una confesion tácita de que ignoran un arte en que se imaginan consumados por verse preferidos; se juzgan en posesion del mérito que no tienen, y así no buscan el conse-

(69) En la dedicatoria de sus *Escolios sobre el Testamento Antiguo*.

(70) Véase la nota 6.

(71) Véase la nota 6.

jo, que miran con desden y presumen que no lo necesitan. Además de que cuando se trata de promover la relajacion, de trastornar la ley y de hacerse sordos á sus voces, mortifican los clamores continuos de un Caton severo. Es regular se incurra en inconsecuencias cuando la pasion mueve la pluma, y que caigan algunos borriones al tiempo que se escribe.

No puede negarse que es una pretension irregular querer que la esperiencia no sea necesaria para gobernar con acierto, y que lo sea para reducir al papel algunas observaciones. En el tiempo en que escribió Mariana se conferian los empleos á los jóvenes, y esta eleccion manifestaba que los tenían por aptos para estos ministerios; siendo así que la edad en que eran promovidos, no era compatible con la práctica ni con la observacion. No puede señalarse la Universidad en que se habían dedicado al estudio de las leyes municipales contenidas en su código, y del derecho no escrito, esto es, de la recopilacion de sus costumbres; ni el cuando, ni en donde se emplearon en reducirlas á la práctica y contraerlas á casos específicos.

Un jóven sin estudio, sin ejercicio y aun sin los talentos necesarios, era hábil para ser rector; y un anciano de penetracion, de virtud y de literatura consumada, colocado en el catálogo de los varones ilustres de la Compañía, no era idóneo para escribir sobre su gobierno, ni para hacer una descripcion del carácter y conducta de los que conocia y trataba, empleados en su direccion; de los mismos que le consultaban y le hacian presentes sus modos de pensar, sus dificultades, su insuficiencia, refiriéndole

los casos que ocurrian, y actuándole del estado de las cosas, para que los ayudase con su consejo. Esto es querer que fuese capaz para darles reglas, pero no para escribirlas.

Eleuterio espresa, que Mariana de ningun modo era ignorante de las cosas que pasaban á su vista (72). No es creible que un hombre de su juicio y de su ciencia, se resolviese á escribir sobre una materia sin hallarse impuesto en ella. El mismo escrito nos dá una nueva prueba de su esactitud y circunspeccion (73). En él dice su autor: "que este "negocio y avisos los tenia pensados, y aun tratado de muchos años atrás con las personas mas graves de la Compañía, en particular y en juntas y "congregaciones::: siendo él una persona por quien "tantas cosas pasaron, y que tantas provincias y libros vió."

Palavicino observó (74), que Mariana increpó con vehemencia frecuente en este libro, que el gobierno estaba reducido á pocos; que no se atendia, como era justo, á los padres antiguos, y que los jóvenes lograban la preferencia. De aquí colige, que aquel Jesuíta estaba penetrado del dolor de verse repudiado, y se hallaba herido de una enfermedad contagiosa en los viejos. Estos llaman Phaetontes á los mozos, á quien se confian las riendas del gobierno, que á ellos se les niegan, y comprendió á Mariana en esta queja comun.

Este escritor tocó los perjuicios de estas elecciones, y advirtió su injusticia, declamando contra este

(72) Eleuth. in *Hist. Controv. de Div. Grat. aux. lib. 2. cap. 25.*

(73) En el argumento del tratado.

(74) Véase la nota 6.

abuso, por ser un manantil copioso de las relajaciones que lamentaba (75). Por la misma razon el general Oliva hizo de este punto uno de los dos polos sobre que rueda su Carta encíclica (76), y no puede presumírsele tocado de aquella enfermedad, sino de un celo santo del remedio, para que no se propagase la corrupcion y se evitase la ruina. La caridad nos obliga á presumir con equidad de nuestros hermanos, y á no atribuir á unos buenos efectos una mala causa.

Se injuria á Mariana en imputarle aquel sentimiento, y se contradice el mismo que lo injuria. El nos asegura, que aquel Jesuita no deslució su autoridad con sus costumbres; que vivió inocentísimamente, y que fué observantísimo de la vida religiosa (77). Aquella superioridad de ánimo que celebra Alegambe (78), y aquel valor para vencer sus pasiones, que confesó Cordára (79), no pueden componerse con aquel dolor de que vivia penetrado.

Un religioso que se deja dominar de la ambicion; que esplica su sentimiento en sus quejas; que emplea en los que se les prefieren las espresiones que le sugiere la envidia, no puede ser observantísimo de la vida religiosa; de una vida en que se renuncia á la riqueza y á la vanidad, y en que la caridad ocupa el lugar que usurpa el amor propio; de una vida en que se miran con horror ó con tédio los negocios, y en que el principal á que deben aplicarse, es á mortificar las pasiones, á postrar los afectos humanos, y no juzgar de su mérito con una elacion reprehensible.

(75) Cap. 17.

(76) Véase en el *Apéndice*.

(77) Palavicino: véase la nota 6.

(78 y 79) Véase la nota 6.

Quien no observa este método, no puede vivir inocentísimamente en aquel estado.

Y aun cuando Mariana fuese capaz de incurrir en un sentimiento tan bastardo, nada conseguia Palavicino con imponerle esta nota, pues el que tuviese queja, no es argumento de que no tenia razon; y si aquella era justa, sus espresiones eran ciertas. Lo que hizo notorio el tiempo, segun Alegambe, es, que Mariana fué amante de la verdad y de la rectitud, que es lo que constituye el mérito principal de este escrito.

Segundo. No faltará quien confesando en este Jesuita una intencion recta, y aquel carácter con que lo pintó Baronio, disminuya la estimacion de este discurso, por creer que cuando escribia, no aplicaba la diligencia necesaria, ni se instruía con esactitud. Alegará para prueba de este juicio su Historia de España, y el testimonio de D. Antonio Hurtado de Mendoza (80). Son notorias las correcciones que hicieron en esta obra el Condestable *Velasco* ó *Mantuanano*, ó uno y otro, y las advertencias que escribió Mondejar, que en solos 26 capítulos, en que aun no se comprende la historia de dos siglos, ascendieron al número de 204; y si se unieran las que andan esparcidas en otros libros, se podria formar una coleccion copiosa. No es digno de mucho crédito quien se equivoca ó yerra con frecuencia, aunque su intencion sea recta y constante su amor á la verdad. Todos saben cómo tratan los críticos las especies históricas de algunos que veneramos en los altares.

(80) D. Antonio Hurtado de Mendoza en el tratado de los Títulos y grandes de España, dice, que en la Historia de Mariana se hallarán muchas culpas, en lo poco informada.